

»mejor orden y gran silencio; el por qué ninguna de
 »las guardias había disparado ni un solo tiro, siendo lo
 »que más llamó mi atención que la de la torre nada
 »hizo para que pudiera comprenderse había sentido
 »aquel movimiento. Entre los prisioneros, cuyo número
 »he indicado, se encontraban los comandantes de estas
 »guardias, ménos el de la torre, y cada uno fué refi-
 »riendo lo que Lopez había dicho al separarlos de sus
 »puestos: (al del Panteon,) «*que un batallon del gene-
 »ral Marquez, burlando la vigilancia del enemigo,
 »habia penetrado á la plaza, y tropa de ese batallon
 »era la que lo seguía para relevar la empleada en
 »aquellos puntos, que debía incorporarse al suyo,
 »pues se iba á emprender un movimiento á la madu-
 »gada.*» Al sub-oficial de artillería Hans, lo obligó á
 »ronzar su pieza hácia la Cruz, porque «*allí se había
 »sublevado una fuerza:*» lo retiró de aquel puesto é
 »hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la
 »pieza. En fin, cada uno de aquellos compañeros ma-
 »nifestó la manera con que había sido reducido á la si-
 »tuacion de prisionero, siendo de notarse que Lopez
 »era el autor principal de estos hechos.

»Todavía despues de esta conversacion, en momentos
 »como aquellos, en que su solemnidad invita á decir la
 »verdad desnuda, por estar todos en la firme persuasion
 »de que era llegada nuestra última hora, pasaba una
 »cosa que nadie podía explicarse: ¿por dónde habían
 »entrado aquellas fuerzas que ninguno había sentido,
 »sinó cuando estaban en el interior? Pero pocos instan-
 »tes despues tuvimos la solucion de lo que parecía un
 »enigma: la fuerza había entrado por la cañonera de

»la plataforma á donde se nos condujo y por la que se
 »nos hizo bajar, para llevarnos al campamento enemi-
 »go: esta cañonera que seguramente tendría dos me-
 »tros de altura sobre el nivel de la calle, había sido
 »ensanchada y con la tierra que se había resbalado, se
 »formó una rampa que hacía el ascenso sumamente có-
 »modo; debiendo advertir que esta plataforma, segun
 »una autorizacion solicitada por el mismo Lopez, de-
 »bió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de
 »Yablouski. «Creo inútil repetir, que á medida que se
 »nos iban incorporando los oficiales prisioneros, cada
 »uno de ellos, sin excepcion, acusaba á Lopez.»

Trás de lo referido por el coronel D. Manuel Guz-
 man, ponían lo declarado por el subteniente D. Al-
 berto Hans, comandante de la pieza de artillería situa-
 da en la cañonera abierta en el extremo de la banda
 derecha de la huerta, y que, como dejo referido, reci-
 bió orden de D. Miguel Lopez, que se presentó perso-
 nalmente en el punto con una fuerza, de que volviese
 1867. el obús á retaguardia, pretestando que se
 Mayo. había sublevado parte de la tropa, quedando
 enseguida hecho prisionero por los mismos solda-
 dos que condujo Lopez. A la declaracion del subte-
 niente Hans seguía la del comandante del tercer bata-
 llon D. Luis Echeagaray que, decía así:

«Mi batallon estaba de servicio la noche del 14 al
 15 de mayo, y sólo habían quedado en los corredores
 del hospital de la Cruz unos cuarenta hombres todos
 de los prisioneros que se nos habían dado para repo-
 ner las bajas, siendo ésta la única fuerza que se encon-
 traba disponible, pues hacía ya cinco ó seis días que

no se quedaba en aquel punto la fuerza que conocíamos bajo el nombre de «columna de reserva,» á causa de la escasez de tropa. Entiendo que serían las cuatro y media de la mañana cuando entró á verme en mi alojamiento, situado frente al cuartel de la Cruz, uno de los oficiales de la guardia de prevención de mi cuerpo, el teniente Molinares, quien me dijo: «Señor mayor, parece que el enemigo está en la huerta y el campo santo. Al salir para trasladarme al cuartel, ví que una fuerza desconocida atravesaba de la gran flecha establecida al costado derecho del templo de la Cruz, dirigiéndose hacia las piezas de artillería que se hallaban en la plazuela, cerca de la entrada de mi cuartel. Pregunté á Molinares qué fuerza era aquella, y me contestó que le parecía del enemigo; de lo cual me convencí viéndola tomar la artillería. Al llegar á la puerta del cuartel, me encontré con el señor general Castillo, que venía seguramente de su habitación, y entrando, vimos al coronel Lopez que salía, después de haber hecho que los cuarenta prisioneros de que he hablado pusieran las armas á tierra, cuyas voces de mando, dadas por el mismo Lopez, oí yo. El general Castillo preguntó á Lopez, ¿qué sucede, coronel? éste no contestó al general, y dirigiéndose á mí me dijo: «Salve V. al general, ya todo está perdido.» Entonces le manifesté que iría á reunir algunos piquetes de mi batallón que cubría la línea fortificada, para ver lo que podía hacerse: «No, no, me dijo; que todo permanezca en el mismo estado.» Varios jefes republicanos, á quienes no conozco, se encontraban allí pistola en mano. Acudí á los puntos más

»próximos donde había fuerza de mi batallón, con objeto de recogerla, pero era imposible, pues Lopez, á la cabeza de una columna enemiga, y acompañado de esos mismos jefes, dirigiéndose á todos los puntos ocupados por nuestras tropas, las iba rodeando y desarmando. Creo que la confusión hizo que no nos tomaran prisioneros en el acto, ó quizá no lo hicieron así porque no se fijaron en nuestras personas; el caso es que seguí á Lopez, quien con grande actividad ejecutaba las operaciones de que he hablado, hasta llegar á San Francisco, lugar en que lo dejé. Cuando bajaba yo hacía la plaza principal, ví desfilar, siguiendo el mismo rumbo, los piquetes de exploradores de Méjico, húsares, escolta del Emperador y la pequeña fuerza que mandaba Yablonski. Los tres primeros piquetes fueron detenidos, cercados y obligados á echar pié á tierra entregando sus armas; pero la fuerza de Yoblonski, á cuya cabeza iba él mismo *victoreando á la libertad*, pasó libremente, y volviendo á la derecha se dirigió hacía la Congregación, donde fui hecho prisionero.»

1867. Siguiendo los jefes prisioneros refutando
 Mayo. el manifiesto de D. Miguel Lopez, dicen:

»Los señores general Monterde, coroneles Alegre y Peza, y teniente coronel Horta, afirman que al encontrarse ya prisioneros en la plazuela de la Cruz y hablando con el señor general Velez, vieron á corta distancia á Miguel Lopez montado en un caballo colorado de gran alzada, ensillado con la montura que usaba siempre. Agregan que estaba armado y que ninguna tropa le custodiaba; y afir-

»man igualmente que al ser conducidos rumbo á la plaza principal, encontraron á Yablonski á la cabeza de diez ó doce soldados de su fuerza, por la calle del Biombo.» Despues de esto ponen una importante declaracion del teniente coronel D. Agustin Pradillo, oficial de órdenes de Maximiliano, donde refiere la manera con que salió el emperador de su alojamiento, acompañado de él, del príncipe de Salm Salm, y de otros jefes; cómo se presentó D. Miguel Lopez á caballo al emperador en el palacio departamental diciéndole que todo estaba perdido, que la tropa republicana estaba muy cerca; cómo le invitó á que para no ser alcanzado entrase en la casa de Rubio ó en otra; cómo se retiró al ver que Maximiliano no admitió la proposicion, pretextando que iba á ver la manera con que podia contener á las tropas republicanas que se acercaban; y cómo en fin el expresado teniente coronel D. Agustin Pradillo, cuando éste fué enviado por el emperador á parlamentar con el general republicano D. Mariano Escobedo, vió á D. Miguel Lopez, en la plazuela de la Cruz en union de muchos jefes y oficiales republicanos, montado en su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y sin que nada revelase que se encontraba en la situacion de prisionero.

A continuacion de lo expuesto por el teniente coronel D. Agustin Pradillo, los autores de la refutacion al cuaderno ponen lo que les refirió el jefe de division de artillería D. Félix Becerra, comandante del parque general, y que está concebido en los términos siguientes:

1867. tes: «Las muchas ocupaciones del servicio
 Mayo. »no me permitieron acostarme sino hasta

»las tres de la mañana del 15 de Mayo. Antes de las seis me despertó un fuerte ruido de pisadas, y ví que lo causaba una fuerza de infantería que entraba al corredor bajo del ex-convento de San Francisco, lugar en que se encontraba el parque general. Como estaba yo acostado en dicho corredor, conocí en el acto, que la fuerza que entraba, era el batallon enemigo de «Supremos Poderes», á cuya cabeza, y sirviéndole de guía, descubrí al coronel Lopez, quien gritaba: «pronto á la torre, á la torre»: operacion que ejecutó la tropa, siguiendo el camino que les indicaba Lopez. Apenas comenzaba á vestirme, cuando se me acercó un oficial del referido batallon, preguntándome si era yo oficial; le contesté afirmativamente dándole mi nombre y empleo, y me exigió entonces que le entregase mi espada y le diera mi palabra de honor de permanecer allí como prisionero de guerra. Poco despues salió Lopez, y advirtiéndole que la fuerza de húsares se dirigía al centro de la poblacion, estableció personalmente, una línea de tiradores de infantería, interin otra tropa enemiga tomaba la retaguardia de dichos húsares en cuyo momento les hizo echar pié á tierra, deponer las armas y quedar prisioneros. Esto pueden atestiguarlo el capitan Paulovski y teniente Kölig, de dicha fuerza.»

Pero no sólo los autores de la refutacion acusan á Don Miguel Lopez de haber entregado la plaza, sino tambien otros muchos jefes y oficiales imperialistas hechos prisioneros en Querétaro, pero que se hallaban presos en distintos puntos. El general D. Adrian Ma-

gaña, en un artículo fechado en Querétaro y enviado al *Monitor Republicano*, periódico de la capital, dice: «Las tropas vencedoras desfilaban en el mayor orden hacia la plaza, y Miguel Lopez se paseaba armado y tranquilamente por las calles á la faz de todos: Antonio Yablonski se paseaba tambien montado y armado, seguido de un asistente, igualmente armado y montado... Dice Lopez que pudo desprenderse de sus aprehensores para dar órdenes con objeto de salvar al emperador, y despues «montar un mal caballo é irlo á alcanzar y suplicarle que se dejara conducir por un guía». ¿Cómo puede ser esto? ¡Singular condicion de un prisionero que tiene tal libertad de obrar como Miguel Lopez la tuvo! La apelacion de este sujeto al príncipe de Salm y demás personajes que acompañaban al emperador en su retirada al Cerro de las Campanas, como testigos en su favor, le resulta contraproducente, puesto que así prueba que no estaba prisionero, porque á un prisionero no se le permite montar á caballo é ir libremente donde le place; y esto mientras que hasta el último subteniente se encontraba rigurosamente preso y estrictamente vigilado, y no eran coroneles ni comandantes de una línea como Miguel Lopez lo era.

»Cuatro días despues, el 20, obtiene Miguel Lopez del jefe vencedor un pasaporte para marchar á su tierra, á arreglar asuntos de familia (así lo expresa aquel documento que publicó en su folleto como pieza justificativa de su proceder), mientras que ni á un sargento prisionero se le permite pasar más allá de la línea que ocupaban los centinelas de su prision.

»¿Cómo pudo ser esto? A qué debe Miguel Lopez no haber estado preso ó arrestado un solo instante? ¿Por qué se pasea actualmente en las calles de Méjico? ¿Por qué... ¡Tanto ocurre preguntarle que sería molesto!...»

1867. No es más favorable á D. Miguel Lopez
 Mayo. la carta escrita por el príncipe D. Félix de Salm Salm desde la prision en que estaba y que se publicó en aquella época. En ella, contestando al manifiesto del primero, le decía: «En ese folleto que habeis dirigido á vuestros compatriotas, á la Francia y al mundo, me mencionais como uno de vuestros principales testigos, para probar que Querétaro no sucumbió por una traicion, é insistís en que vuestro folleto tiene todo el carácter de verdad posible.

» Aunque, como sabeis, me hallo prisionero de guerra, mis sentimientos no me permiten guardar silencio por más tiempo, y contestando á vuestra intimacion, os probaré que vuestro folleto lleva el carácter de la falsedad más completa.

» En primer lugar me refiero á la contestacion de mis valientes compañeros de armas en Morelia, titulada: «Refutacion del folleto publicado por Miguel Lopez con motivo de la ocupacion de la plaza de Querétaro en 15 de Mayo de 1867, por los jefes del ejército imperial, prisioneros en Morelia», y declaro que la misma está enteramente conforme con la verdad, y concuerda con mis propias creencias.»

El príncipe de Salm Salm se ocupa en seguida en dirigir diversos cargos al expresado D. Miguel Lopez,

y le dice «que declara ante el mundo, que la plaza de Querétaro fué entregada por un individuo, y que ese individuo fué D. Miguel Lopez.» (1)

El abogado D. Ignacio Alvarez en su obra intitulada *Estudios sobre la historia general de Méjico*, dice: »A las cuatro y media ó tres cuartos para las cinco de la mañana del día 15 de Mayo, pasó el teniente coronel Pradillo por la casa de mi alojamiento, revelándome que algo grave pasaba en la plaza, la velocidad con que iba, llevando el caballo que acostumbraba montar el Emperador. Salí luego de la casa para ir al Cuartel General á tomar informes; y saliendo á la calle encontré á una compañía del batallon Supremos Poderes, que bajaba de la Cruz, lo cual me sorprendió; pero como se habían hecho algunos prisioneros de ese batallon, hice la reflexion de que ellos serian los que formaban aquella fuerza, y tanto más lo creí así, cuanto que el jefe que la conducía era el coronel Lopez quien iba con su uniforme militar. Apenas se había alejado de mí aquella fuerza como veinte varas, cuando gritaron los soldados: «¡Viva la libertad!» y oí la voz de Lopez que me era bien conocida, diciéndoles «Cállense, todavía no es tiempo.» Esto me hizo creer que la plaza se había perdido; aunque yo suponía haberse hecho alguna capitulacion, que permitiera la salida de la plaza, del Emperador y los principales jefes.»

(1) «Documentos para la historia contemporánea de Méjico,» impresos en la tipografía mejicana, calle de San Andrés, núm. 16.

Que la ciudad de Querétaro fué entregada en la madrugada del 15 á las tropas sitiadoras, y no sorprendida por causa de cansancio y de fatiga en las tropas

1867. imperialistas, se ve por las cartas y noticias
 Mayo. enviadas por individuos del campo republicano al gobernador del Estado de Michoacan, por medio de un extraordinario que salió del campo sitiador á las cinco y media de la mañana del mismo día 15. En esos documentos, publicados el 16 de Mayo en el periódico oficial de dicho Estado, *La Restauracion*, se lee lo siguiente: «Campo frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867.—Señor coronel D. Justo Mendoza.—Mi querido amigo.—Ahora que son las cinco y media de la mañana, acaba de caer en nuestro poder el punto llamado de la «Cruz», que es el mas fuerte de la plaza. Fué entregado por el jefe que lo defendía con dos batallones que se rindieron á discrecion, artillería, parque y cuantos pertrechos de guerra en él había. El Sr. Escobedo se ocupa de disponer lo conveniente etcétera, etc.»—«General en jefe.—Tengo la satisfaccion de participar á V. que ahora que son las cinco de la mañana, acaban de ocupar nuestras fuerzas el punto llamado la «Cruz», el cual fue entregado por el jefe que lo defendía con dos batallones que se rindieron á discrecion. Se está recibiendo el parque y demás pertrechos de guerra que había en dicho punto y disponiendo lo conveniente etc., etc.»

Aunque D. Miguel Lopez contestó á los cargos que en la refutacion á su manifiesto hacían los jefes prisioneros, desgraciadamente para él, su escrito no presenta nada que destruya en su fondo las observaciones de sus